

ASÍ ENSEÑA EL MEJOR PROFESOR DEL MUNDO

Es keniano, franciscano y reciente ganador del Global Teacher Prize, considerado el Nobel de la educación. Peter Tabichi —quien ofrecerá este lunes una charla organizada por revista “Sábado” y Elige Educar— cuenta cómo logró que sus alumnos, que viven en un ambiente de pobreza, donde escasea el agua y el alimento, llegaran a las grandes ligas de la ciencia escolar.

POR ANTONIA DOMEYKO

En el laboratorio de ciencias

de la escuela secundaria Keriko, en Kenia, las paredes de cemento están a medio pintar con un aguado color blanco y el techo de zinc está a la vista sostenido por delgados tablones de madera. El espacio lo ocupan varios mesones largos. No hay sillas, solo un par de taburetes. Tampoco hay grandes balones de vidrio, ni quemadores, ni tubos que vayan de un recipiente a otro. Lo que sí hay es un esqueleto humano, un antiguo microscopio (que no funciona), un proyector y un solo computador de escritorio.

Son las herramientas que comparten los más de 600 alumnos de la escuela para tener algún tipo de acercamiento a la química, la física, la biología y la tecnología. Y que muchas veces deben utilizar varios cursos a la vez. —En realidad, no puedes

llamarlo un laboratorio de ciencias, es simplemente una sala —dice Peter Tabichi, profesor de ciencias de la escuela y ganador del Global Teacher Prize 2019, considerado el Nobel de la educación. En esa sala casi sin equipamiento, Peter decidió crear un club de ciencias para desarrollar proyectos científicos junto a sus alumnos. Se trata de niños y niñas que en un 95 por ciento de los casos provienen de familias pobres, casi un tercio son huérfanos y muchas veces no tienen qué comer. Él logró que esos jóvenes se motivaran a crear un proyecto que los llevó a las grandes ligas de la ciencia escolar. Fue el año pasado, cuando dos de sus alumnas confeccionaron un dispositivo que ayuda a personas ciegas y sordas a aprender matemáticas y a medir objetos, con el que ganaron por primera vez la Feria de Ciencia e Ingeniería de Kenia 2018.

Ese gran logro les permitió participar este año en la Feria Internacional de Ciencia e Ingeniería INTEL en Estados Unidos, donde obtuvieron un premio de sustentabilidad de la ONU.

—Fue increíble. Para mí fue un gran momento ver a mis alumnos siendo capaces de brillar a nivel global —agrega Tabichi. Peter Tabichi, 36 años, profesor y hermano franciscano, habla por llamada de WhatsApp desde Kenia. Específicamente desde Villa Pwani, en la localidad de Nakuru, donde está la escuela secundaria Keriko, en la que trabaja. Es la una de la tarde de un lunes, y luego de hacer clases, Peter tuvo que alejarse varios metros para hacer esta llamada y conseguir señal de internet.

Desde que ganó el Global Teacher Prize en marzo lo han contactado de diferentes medios de todo el mundo. Y ahora comenzará un recorrido

por varios países, entre ellos Chile, invitado por Elige Educar y la Vicaría para la Educación de Santiago, donde dará una charla organizada por revista "Sábado" el lunes 8 de julio. Peter explica que a pesar de que vive hace varios años en el sector de Nakuru (donde se ubica la escuela), él proviene de otra localidad de Kenia, llamada Kisii, a casi 200 kilómetros de distancia. Allí pasó su infancia y adolescencia, que estuvieron marcadas por varias experiencias que lo llevaron a convertirse en hermano franciscano y en profesor. En su casa, cuenta, la educación era parte de su diario vivir: su padre, algunos de sus tíos y primos eran profesores. Ellos, dice, lo inspiraron para seguir ese camino.

—Al ver a mi padre, lo que me hizo convertirme en profesor fue ver que enseñar es algo que realmente puede transformar la vida de las personas y de la sociedad —dice Peter. Intentar ser un aporte para los demás, explica él, era algo que lo llamaba desde niño. Cuenta que en su infancia solía leer revistas cristianas, que en esas lecturas conoció la labor de los franciscanos y que le atrajo mucho lo que hacían. También su padre

le pasó un libro sobre la vida de San Francisco, que leyó muchas veces. Así comenzó a nacer la inquietud por unirse a esa congregación. También, cuenta Peter, de niño era muy cercano a su madre: la consideraba su amiga y le gustaba acompañarla a todas partes. Por eso, dice, fue muy difícil para él cuando ella murió. Él tenía 11 años. —Fue duro para mí manejar eso, me tomó tiempo, y me quedé solo con mi padre justo cuando estaba entrando a la adolescencia. Más tarde me di cuenta de que, aunque había perdido a mi madre, tú podías encontrar a personas en la sociedad que también podían amarte, incluso más que tu madre. Puedo decir que la pérdida de mi madre me inspiró de alguna manera para hacer lo que estoy haciendo. Al perder ese amor, ahora busco una manera de volver a tenerlo y compartirlo con otros — dice Peter. En 2008, Peter se graduó como profesor en la universidad y cuatro años después, cuando tenía 29, tomó sus primeros votos como hermano franciscano. En ese entonces comenzó a trabajar como profesor en una escuela privada. Cuenta que el establecimiento tenía una

buena infraestructura y materiales que facilitaban el ambiente de aprendizaje para los alumnos.

—Era una gran escuela, pero yo sentía que en otros lugares iba a hacer mejor mi contribución, sentía que las comunidades de los alrededores también necesitaban mi ayuda — dice Peter.

En 2015, pidió cambiarse de establecimiento y llegó a la escuela secundaria Keriko, donde trabaja hoy. Peter vive a siete kilómetros de la escuela Keriko, en una comunidad de franciscanos. Todos los días se moviliza en su moto en medio de un paisaje árido, con algunos árboles que requieren poca agua y por caminos de tierra, en los que transitan habitantes del sector y animales que ellos han domesticado, para llegar finalmente a la escuela. Cuando llegó en 2015, dice que se dio cuenta de inmediato de las diferencias con el colegio anterior.

—Era cosa de ver las principales instalaciones, se ve en los libros, en las salas, además de que no hay internet. Incluso no hay agua en la escuela, solo conseguimos agua de un suministro que está muy lejos, y no es

suficiente. Durante la época seca tenemos problemas con la escasez del agua... Para la cocina, para limpiar, para todo necesitas agua; entonces, es un gran desafío — explica Peter. En cuanto a los alumnos, la mayoría viene de entornos muy pobres, donde comúnmente hay abuso de drogas, embarazos adolescentes, deserción escolar y casos de suicidio. Cuenta que muchos de sus alumnos deben caminar todas las mañanas varios kilómetros por caminos con tramos casi intransitables para llegar a la escuela.

—Cuando les estás enseñando te das cuenta de que tienen baja autoestima. También se nota claramente que su nivel de concentración es muy bajo, porque, especialmente durante la mañana, ves que vienen a la escuela sin haber comido lo suficiente o prácticamente nada. Explica Peter que los padres de sus estudiantes son principalmente granjeros que viven de lo que cosechan en sus tierras, y que en épocas secas poder conseguir algo de comida para ellos y sus familias puede ser muy difícil. Es por eso que Peter, durante algunos fines de semana, recorre

los sectores cercanos a la escuela enseñándoles a los padres de sus alumnos maneras más eficientes para cosechar en los períodos en los que no llueve, para que así tengan un mayor acceso a los alimentos. —Vi que los estudiantes llegaban a estudiar con muchos desafíos desde sus casas, y pensé que solamente yendo a clases y enseñándoles tal vez yo no tendría el suficiente impacto en ellos —dice Peter. Es por eso que decidió crear un club de ciencias. Cuenta que se le ocurrió hacerlo porque recordó lo bien que lo pasaba cuando él era un niño y participaba de las ferias regionales de ciencia.

—Uno no puede hacer todo, yo elegí dos áreas, ciencias y matemáticas, para hacer que los estudiantes brillen y sepan que pueden hacerlo muy bien. Los profesores tenemos que estar conscientes de que lo que estamos haciendo es muy importante, enseñar es muy importante, porque nosotros desbloqueamos el potencial de estos jóvenes y los hacemos conscientes de que tienen talentos. Sin los profesores no puedes desbloquear eso —explica Peter. Para sus clases de

ciencias intenta siempre incorporar de alguna manera la tecnología y las comunicaciones. El 80 por ciento se las ingenia de alguna manera. A veces lleva a los estudiantes a visitar cibercafés y guarda el contenido para después usarlo sin conexión en el único computador de la clase, o también pone a disposición su propio celular para los alumnos.

—Sigue siendo un gran desafío. Para los estudiantes ver un *laptop* o un computador es algo asombroso, es como ver un avión... Ellos no saben lo que es el wifi, cuando les hablo de eso piensan que estoy hablando sobre una esposa (en inglés, *wife*) y no entienden. Pero soy muy optimista de que seremos capaces de tener más acceso a esto —dice Peter. Desde que él llegó a la escuela, además de haber participado en ferias nacionales e internacionales de ciencia, también ha aumentado el ingreso de los estudiantes a la universidad.

En 2017, de los 59 alumnos que egresaron, solo 16 ingresaron a la universidad, mientras que en 2018 lo hicieron 26. La inscripción en la escuela se ha duplicado a 400 en tres años. Además, los resultados de las niñas han mejorado: ellas lideran el

mejor rendimiento en las cuatro pruebas del último año. Cuando Peter llegó a la escuela Keriko había solo siete profesores. Hoy son 12. La proporción es un profesor cada 58 alumnos. Dice que con sus colegas comparten las herramientas que tienen para enseñar y se apoyan mutuamente. Pero reconoce que hay algo que lo diferencia de los demás. Él es un hermano franciscano. —El sueldo que consigo como profesor es dado a la comunidad a través de mi grupo de hermanos franciscanos, incluida la escuela. Los otros profesores tienen familias que dependen de ellos y que tienen que alimentar y apoyar. Tal vez esa es la única diferencia entre yo y los otros profesores —dice Peter. Como miembro de la Iglesia Católica, Peter reconoce la crisis por la que está pasando la institución. —Sí, hay desconfianza hacia la Iglesia, por la mentalidad que la gente tiene, creen que si eres de la Iglesia tienes que ser un ángel. Tenemos que cambiar esa mentalidad, en la Iglesia tenemos personas, humanos, y cuando eres humano tú puedes pecar. Tenemos que estar conscientes y al mismo tiempo estar listos para

confesarnos, tiene que ser algo continuo y dinámico. Esa falta de confianza es real, pero podremos lidiar con eso. Todo comienza con el individuo, en cómo yo debo predicar conmigo mismo. Los jóvenes son capaces de ver el ejemplo; eso es predicar a otras personas. Al final, ves que la gente realmente está cambiando su mente, porque todos tienen un rol para transformar la sociedad —dice. Como parte de la Iglesia y profesor, Peter considera que tiene un gran potencial como generador de cambio. —Eso me motiva y me mantiene haciendo mucho por los estudiantes y compartiendo con los otros profesores, y también leyendo —explica, y aclara que usualmente lee libros sobre santos, como San Francisco y San Dominic, y también sobre personas como Nelson Mandela, que han hecho grandes aportes a la sociedad. El hecho de haber logrado llegar a una feria internacional en Estados Unidos, dice, ha sido un nuevo factor que lo ha impulsado aún más a continuar trabajando, a él y a sus estudiantes. — Cuando era joven yo solía leer sobre América, escuchar su música, y

ahora estaba allá, se convirtió en una realidad, tú puedes imaginarte cómo me sentía. Puedo decir que ir para allá me hizo estar muy emocionado, y también fue muy importante para mis estudiantes, ellos compartieron con otros y los motivó mucho. Hoy están trabajando duro con las ganas de seguir consiguiendo cosas y yo, con la idea de asegurarme de que ellos sigan brillando. También reconoce que ha sido un nuevo motor el haber ganado el Global Teacher Prize.

Además del reconocimiento, Peter obtuvo un monto de un millón de dólares que anunció que donará a la comunidad y a la escuela. Peter explicará al final de esta entrevista que los niños y niñas lo han impactado de manera personal.

—Yo veo en los estudiantes mucho de mí. Ellos atraviesan desafíos, y yo mismo también pasé por eso cuando estaba creciendo, como cuando perdí a mi madre. Entonces, cuando los veo luchando contra sus propios desafíos e igualmente brillan y sigue caminando, me conmueve, porque me

recuerda por lo que yo
pasé...

Pienso que de ahí es de
donde saco gran parte de
la motivación para
realmente darles ese
apoyo que necesitan. (...)
Soy muy optimista y les
veo un gran futuro; creo
que algunos de ellos van a
ser doctores, ingenieros y
profesores, grandes
profesores. EL MERCURIO